

La tengo.

AURORA

¡Venga!

MANUEL

AURORA

He hablao con Matilde pa exigirle que no se casara contigo. Ella, temiendo lo que pueda intentar yo, ha escrito á Enrique para ponerse de acuerdo con él. A las diez están citaos en el jardín. «Donde siempre, junto al kiosko». Ve al jardín, óyelos; y luego de oírles, si te he mentido, mátame.

MANUEL

¡Conque ellos!... ¡Iré!

AURORA

He cumplido mi obligación. Ahora, adiós Manuel. ¡Adiós pá en jamás de la vida!

MANUEL

¡No! No te irás.

AURORA

¡Manuel!

MANUEL

¡No te irás! Si has mentido eres una criatura vil, merecedora de todos los castigos, de todas las afrentas. Si has dicho verdad, me has salvado, me libras de una muerte mil veces peor que la de mi cuerpo, la de mi alma. Si has hecho eso mereces gratitud, alabanza y admiración.

AURORA

¡Ay!

MANUEL

Pues bien, si es para el premio. para el premio; si es para el castigo, para el castigo. Para una cosa ó para otra tienes que esperar. ¡Espera, Aurora! ¡Espera!...

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa el jardín del hotel. Al fondo la fachada trastera y entrada de éste. La puerta de entrada del hotel será practicable, conduciendo á ella tres ó cuatro escalones de piedra. Esta puerta será de cristales, por los cuales, así como por los de las ventanas, se verán luces encendidas.

A la derecha, en primer término, en lo que remedará tapia, una puercecita practicable que estará cerrada con un cerrojo al comienzo de la representación.

A la izquierda, en segundo término, un kiosco chino al que dará acceso una pendiente enfrontada con el público. En el resto de la decoración, árboles, cuadros de flores, etc., etc.

La luz de la luna iluminará el jardín al comenzar la escena, ocultándose cuando lo indiquen las anotaciones y volviendo á salir cuando se marque.

Al levantarse el telón aparecen en primer término, á la derecha, sentados en sillas rústicas y teniendo delante mesitas portátiles de madera, Matilde, Remedios y Ramírez.

En segundo término, á la izquierda, habrá una mesa, portátil también, pero más grande que las anteriores.

ESCENA PRIMERA

Matilde.—Remedios.—Ramírez y don Ambrosio.

REMEDIOS

No puede ser más agradable la temperatura.

DOCTOR

Se conoce que Mayo está impaciente por llegar, y le mete á Abril de contrabando, sus deliciosas noches.

MATILDE

Pues bendito sea el contrabandista, que nos permite tomar el café en el jardín.

DOCTOR

Y la luna que nos deja ver tu hermosísima cara.

MATILDE

¡Qué galante!

DOCTOR

Y que esta noche disfruto yo solito el espectáculo de

esa cara; digo solo, porque Ambrosio se fija poco en ellas cuando son caras de la familia, por supuesto.

AMBROSIO

¡Hombre!

DOCTOR

Por lo que hace á Manuel, como se va de conferencia...

AMBROSIO

Y que no la pierde por nada.

REMEDIOS

¡Cuando no la pierde por su novia!...

DOCTOR

¡Tonto, más que tonto! Dejar una mujer tan bonita por un programa químico. Cualquiera día, á su edad, ¡qué digo á su edad! á la que tengo hoy, dejo yo una muchacha guapa por una disertación científica. No hay mejor reactivo que unos ojos como éstos. (Señalando los de Matilde).

MATILDE

Gracias á que Manuel está vistiéndose en su cuarto. Si no, duelo seguro. (En tono jovial.)

DOCTOR

(Lo mismo.) ¡Ya lo creo que nos batiríamos! ¡A receta limpia!

AMBROSIO

Es el arma que los médicos manejaís mejor. (Con el mismo tono.)

DOCTOR

(Riendo.) Como vosotros el garrote. Cuestión de costumbre.

AMBROSIO

Y á propósito de Manuel. Ha estado hecho un santo durante la comida. ¡Como que no ha hablado apenas, que es su sistema único para no mortificar á nadie.

REMEDIOS

¡Calla! Pues es verdad que ha estado muy serio.

MATILDE

Muy preocupado, nervioso... impaciente. ¿Qué le ocurrirá?

RAMÍREZ

La conferencia, hija, la conferencia. Los sabios jóvenes toman esas cosas muy en serio.

REMEDIOS

Don Homobono se retrasa. ¿Si no irá á venir?

AMBROSIO

¡En seguida falta don Homobono á su partido de tre-sillo!

DOCTOR

Antes faltará á misa.

REMEDIOS

Cierto que hoy hemos comido más temprano.

MATILDE

Manuel tiene que salir á las nueve.

ESCENA II

Dichos.—Don Homobono y Mariano.

HOMOBONO

Tomando la fresca, ¿eh?

REMEDIOS

Sí, pero la tomaremos con alguna cosita más como de costumbre. ¡Mariano!

MARIANO

Señora.

REMEDIOS

Que le ayude á usted Petra á traer el café y los licores. (Vase Mariano por el fondo.)

HOMOBONO

¡Buen programal! Usted me dará una tacita de café y yo luego le daré á usted codillo.

REMEDIOS

¡O lo otro!

HOMOBONO

¡Quiál!

RAMÍREZ

¡Darle codillo á don Homobono! Resulta casi imposible. Es muy segurito.

HOMOBONO

Sí, señor; sí, señor. (Entran Petra y Mariano por el fondo con dos bandejas, servicio de café, botellas de licores, copas y vasos.)

ESCENA III

**Matilde.—Remedios.—Don Homobono.—Ramírez.
Ambrosio.—Petra y Mariano.**

MATILDE

Ya está aquí el café. (Petra pone en la mesa de la izquierda el servicio, ayudada por Mariano.)

AMBROSIO

Sólo falta tomarlo.

MATILDE

Y que yo se los sirva á ustedes. (Matilde se dirige á la mesa de la izquierda, donde estará Petra. Mariano se ocupará en poner copas y vasos de agua en la mesita.)

DOCTOR

Miel sobre hojuelas.

MATILDE

¿La misma cantidad de azúcar? (A todos.)

HOMOBONO

¡Por supuesto!

MATILDE

(Mientras sirve el café ayudada por Petra. A Petra.) ¿Conque le viste á él? (Bajo.)

PETRA

(Lo mismo.) Sí, señora.

(Matilde se dirige á la derecha con dos tazas de café en la mano; una que pone delante de su madre y otra delante de don Homobono.)

HOMOBONO

Muchas gracias, hija.

(Matilde vuelve á la mesa de la izquierda.)

MATILDE

(Mientras sirve otras tazas, bajo á Petra.) ¿En persona?

PETRA

(Bajo.) En persona.

(Matilde vuelve á la derecha con dos tazas de café que coloca frente á Ramírez y don Ambrosio.)

MATILDE

Estas para ustedes.

DOCTOR

¡Lástima que te lleves las manos!

MATILDE

(Volviendo á la mesa de la izquierda y bajo á Petra.) ¿Y te dijo?

PETRA

Ya lo sabe usted. Contéstale á tu señorita que se hará como manda.

(Aparte.) Qué despacio va el tiempo. (Sirviéndose el café.)

HOMOBONO

(Apurando un sorbo de café.) ¡Excelentel!

DOCTOR

(Haciendo lo mismo.) ¡Magnífico!

(Mariano habrá ido sirviendo los licores durante este diálogo. Aparece Manuel en la puerta del foro. Vestirá levita y llevará un abrigo de entretiempo al brazo y un sombrero de copa en la mano.)

MATILDE

¡Ahora el mío! (Al ver á Manuel.) Es decir, el tuyo y el mío. (Sirviendo otra taza y dirigiéndose á Manuel con las dos tazas en la mano.)

MANUEL

Gracias. Buenas noches, don Homobono. (Manuel, después de saludar á don Homobono, se sienta frente á una mesita desocupada, donde pone las dos tazas. Matilde, sentándose luego al lado de Manuel.)

REMEDIOS

(A Petra y Mariano.) Pueden ustedes retirarse. (Salen Petra y Mariano por el fondo.)

ESCENA IV

**Matilde.—Remedios.—Manuel.—Don Homobono.
Ramírez.—Ambrosio.**

REMEDIOS

(A Manuel.) ¿De modo que esta noche nos dejas?

MANUEL

¡Qué remedio! (La actitud de Manuel durante la escena será de preocupación y ensimismamiento.)

DOCTOR

¿Conque Avendaño, el famoso químico, va á explicaros su descubrimiento?

AURORA

MANUEL

Sí.

HOMOBONO

¡Gran noche te espera!

AMBROSIO

¡Un descubrimiento nada menos! (Con burlona ironía.)

MANUEL

Un descubrimiento, sí, señor; un descubrimiento que va á enseñarnos otra nueva verdad. ¡La verdad! (Como respondiendo á sus angustias interiores.) ¡Cuántas luchas, cuántos dolores supone casi siempre encontrarla!

DOCTOR

Avendaño ha trabajado mucho.

AMBROSIO

Para inventar un nuevo explosivo.

HOMOBONO

Otro medio de destrucción.

REMEDIOS

Que los enemigos de la sociedad aprovecharán seguramente contra ella.

MATILDE

¡Pues es delicioso el descubrimiento!

MANUEL

No hay que apurarse. Todos esos explosivos son fuerzas; fuerzas salvajes al principio, por eso se emplean en servicio del mal. Ya domaremos, ya civilizaremos esas fuerzas para que se empleen en servicio del bien. Lo importante es que existan y que las vayamos conociendo. (Volviendo á su actitud de antes.) ¡Ay! (Inclina la cabeza sobre el pecho.)

MATILDE

(Extrañada de la actitud de Manuel.) ¿Qué tienes? Estás así como triste, como preocupado... ¡Tan alegre como te dejé cuando nos fuimos de paseo!

MANUEL

Acaso por eso, porque estaba entonces muy alegre, estoy como estoy. A grandes excitaciones, depresiones grandes. (Hace una pausa y apura la taza de café, Levantándose.) Vaya, llegó el momento de dejarles.

MATILDE

¿Tan pronto?

MANUEL

Tengo mucho interés en lo que voy á escuchar esta noche.

REMEDIOS

¿Te vas?

MANUEL

Sí.

REMEDIOS

Espérate. Que enganchen el carruaje.

MANUEL

¡De ninguna manera! Está cerca. Voy mejor á pie.

REMEDIOS

Como gustes.

MANUEL

(A Ramírez.) ¿Usted no viene?

DOCTOR

No; prefiero el tresillo. Ya me enterarán mañana los periódicos. La oratoria de Avendaño es poco entretenida. Figúrense ustedes, es tartamudo...

MANUEL

(Despidiéndose.) En tal caso, adiós.

MATILDE

¿A qué hora vuelves?

MANUEL

A las doce próximamente.

MATILDE

(Aparte á Manuel.) No vayas á entretenerte, y vengas después que estos se hayan ido y cuando estemos acostadas nosotras.

MANUEL

(Con intención.) Descuida, Matilde. Llegaré á tiempo. (Sale Manuel por el fondo.)

ESCENA V

Matilde.—Remedios.—Ramírez. Don Homobono. Ambrosio. Luego Petra y Mariano.

AMBROSIO

(A don Homobono.) ¡Un nuevo explosivo!

DOCTOR

¡Y formidable! Como no se equivoque Avendaño, con una pequeñísima cantidad, metida en un tubo de acero, se puede hacer saltar esta casa.

AMBROSIO

¡Caracoles! (En este momento se debilita la luz de la luna.)

HOMOBONO

El café se ha acabado, y esas condenadas nubecillas se empeñan en taparnos la luna.

REMEDIOS

Hable usted sin rodeos y diga que está rabiando por jugar su tresillo. Vamos cuando quieran ustedes. (A Mariano, que durante la escena anterior habrá quedado en pie en el último término.) Ven con Petra y llevávos esto. (Sale Mariano por el fondo. Levantándose dice á don Homobono.) ¡Darme cordillo! Yo sí qué voy á darme a usted.

HOMOBONO

¡Puede! (Con ironía.)

(Salen Petra y Mariano, quienes durante el diálogo irán recogiendo tazas y vasos, no dejando encima de la mesa grande más que las cafeteras. En otras bandejas se llevarán los vasos y las tazas. También entrarán las mesitas portátiles en el hotel. (Ofreciendo el brazo á Remedios.) ¿Andando?

REMEDIOS

(Cogiéndose del brazo de don Homobono.) ¡Andando! (Se dirigen al fondo.)

DOCTOR

(A Matilde ofreciéndole el brazo también.) ¿Y tú?

MATILDE

(Cogiéndose al brazo de Ramírez.) Ya les veré jugar un ratito, y luego me meteré en mi cuarto á escribir unas cartas. Estoy muy atrasada en mi correspondencia con las compañeras de colegio. (Salen por el fondo Matilde, Remedios, Ramírez, don Homobono y don Ambrosio.)

PETRA

(Entrando. A Mariano.) Tú coges esas dos mesitas que quedan y adentro con ellas, mientras yo acabo de limpiar esto. (La mesa grande. Mariano coge las mesitas y entra en el hotel. La luz de la luna brillará á intervalos, ocultándose, volviendo á aparecer, etc.)

ESCENA VI

Petra. En seguida Aurora

PETRA

(Limpiando la mesa.) ¡Ajá! Ya está limpia la mesa. (Cogiendo el servicio de café que ha quedado encima de ésta.) Ahora, á la cocina a bostezar, hasta que á esa gente le entren las ganas de acostarse. Les entrarán tarde; ¡claro! como ellos no madrugan...

(Petra se dirige hacia el hotel con la bandeja en la mano. En este momento sale del hotel Aurora con la mantilla echada sobre los hombros y se dirige hacia el kiosco, tropezando con Petra en el camino.)

AURORA

(Aparte.) ¡Por fin va á convencerse de que no le engaño! ¡Por fin voy á salvarte, Manuel! (Sigue su camino y se encuentra con Petra.)

PETRA

(Sorprendida.) ¡Aurora!

AURORA

(Contrariada.) ¡Tú!

PETRA

Acabo de limpiar la mesa y llevo dentro este servicio. Tú, camino de casa, ¿verdad?

AURORA

(Con turbación.) Ya lo ves.

PETRA

¡Quién pudiera imitarte! ¡Una noche entera pa una sola! Tú puedes disfrutarlas; yo... Malo sería que pudiese. Pa nosotros, pa los criados, las noches libres *significan* desacomó y desacomó, *significa* hambre.

AURORA

(Impaciente.) Anda, vete dentro. (Tratando de explicar su prisa porque se vaya Petra.) Puedes hacer falta... Acaso te llamen... Además, yo tengo mucha prisa. Voy de compras...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
SAN ANTONIO, MONTERREY, MEXICO

PETRA

Mujer, no seas *sipita*. Que llamen hasta que se les caiga la campanilla. ¡A mí qué me importa! Y tú no te atsigues. Los comercios no se cierran hasta las diez.

AURORA

(Como respondiendo á su pensamiento.) ¡Las diez!

PETRA

Dime, ¿le contaste á Manuel?...

AURORA

(Llena de confusión y con impaciencia.) No, todavía no.

PETRA

Mal hecho. Yo se lo hubiese *contao en seguida*, pa que los hubiese *cogío* esta noche y les hubiese dao: á él, dos *trompás*, y á ella, dos *patás* donde yo me sé.

AURORA

Ya tendrán su castigo. Adiós. (Haciendo ademán de irse.)

PETRA

Adios, chica, adiós. Ni que tuvieses azogue en el cuerpo. Que descanses y hasta mañana.

AURORA

Hasta mañana, Petra.

(Petra se dirige hacia el hotel, y Aurora pasa por delante del kiosko, y se encamina á la puerta izquierda del muro del hotel, donde se detiene sin ser vista de Petra, esperando.)

ESCENA VII

Aurora. Al final, Manuel.

AURORA

¡Creí que no se iba! (Se dirige hacia la derecha.) Ya estará esperando Manuel. (Como con temor y recelo.) ¿Por qué dudo? ¿Por qué tengo miedo de hacer lo que hago? (Breve pausa. Con decisión.) ¿Miedo yo? Lo que hago es un bien! ¡Es su bien! Adelante entonces. (Aurora se dirige á la puertecilla de la derecha, no sin mirar antes si alguien la ve. Cuando llega á la puerta, se detiene, escucha un momento inclinada hacia ella, y luego descubre el cerrojo con mucha precaución. La puerta se abre y aparece en ella Manuel. La luz de la luna habrá desaparecido completamente.)

MANUEL

(A Aurora) ¿Eres tú? (Bajo.)

AURORA

(En el mismo tono.) Yo, Manuel. (Manuel vuelve á correr el ce-

errojo con las mismas precauciones que empleó Aurora para descorrerlo, y se dirige hacia Aurora, que habrá retrocedido unos pasos.)

ESCENA VIII

Aurora.—Manuel.

MANUEL

(Vuelto de espaldas á la puerta y sin separarse de ella aún.) ¡La verdad! ¡Toda la verdad! Eso necesito, aunque la verdad me asesine. (Manuel coge á Aurora por la mano y se dirige con ella despacio hacia la izquierda del kiosko.)

(Mirando el kiosko y sus alrededores.) Aquí. ¿No es eso? Aquí es donde van á reunirse, á entenderse. Aquí. ¡Donde siempre!... ¡Donde siempre!... Donde... Siempre... Dos palabras ¿eh? Dos palabras vulgares. Pues estas dos palabras, las escribe una mujer sobre un pedacillo de papel blanco. Escribe una... otra luego; se juntan las dos, y matan la ventura de un hombre... (Con amarga desesperación.)

AURORA

¡Manuel!

MANUEL

(Sigue sin oírla.) *Donde siempre*. Es decir, en el sitio escogido por ellos, para satisfacer sus pasiones; para hacer escarnio de mi credulidad, para venderla inicuaamente. Y esto una hora, un momento después acaso, de haberme ella jurado amor con una sonrisa, y él amistad con un cariñoso apretón de manos!

AURORA

Oye...

MANUEL

Ya oigo; ya te oigo. Figúrate si oiré bien que estoy repitiendo uno por uno los gritos que lanza mi dolor.

AURORA

¡Dios mío! ¿Por qué me has obligado á hacerle sufrir?...

MANUEL

¡Sufrir!... No te arrepientas. Si lo que dijiste es verdad, bien has hecho diciéndolo. Era tu deber. ¿Pero es verdad? ¿No me has mentado?... Mira, si me hubieses mentado, si me dijeras «he mentado», no sólo te perdonaría, ¡perdonarte es poco!; caería á tus pies, me abrazaría á tus rodillas para darte gracias, para gritarte que todo el daño que me habías causado, valía con creces la felici-

dad que me proporcionabas. ¡He mentido! ¡He mentido!
¡Si tú pudieras decirme esto!

AURORA

¡Qué más quisiera yo, sino podértelo decir! (Con ternura y grandeza.)

MANUEL

(Con desesperación.) ¡No lo dice!... ¡No lo dice, porque no lo puede decir! ¡Por qué no ha mentido! ¡No! ¡Tú no mientes! ¡Los que mienten son ellos! ¡Es ella! ¡Ella! Dios grande, naturaleza todopoderosa, ¿por qué sois tan crueles? ¿por qué permitís que el mal se disfrace con un cuerpo hermoso, que la iniquidad se oculte tras un rostro lleno de inocencia y la traición se escude en el brillo apasionado de unos ojos serenos? ¡Ella! ¡Matilde! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Se deja caer con desesperación en un sofá de mimbres que habrá junto al kiosco.)

AURORA

(Acercándose á él y luego de contemplarle con angustia un momento.) Si yo te dije, si yo te conté la verdad fué...

MANUEL

(Interrumpiéndola.) ¡No te sinceres! ¿No oyes que hiciste bien? Tampoco te preocupes por mi tormento.

AURORA

¡Que no!

MANUEL

Era necesario sufrirlo antes ó sufrirlo después. (Brevísima pausa.) Como el enfermo, en el momento de la amputación, grito y me desespero; pero la acepto, porque es precisa, porque es inevitable. El miembro gangrenado tiene que arrancarse de la carne viva, para que no la contamine y destruya. La carne viva tiembla al verse delante del cuchillo; los nervios se insurreccionan y palpitan medrosamente. Brilla el cuchillo junto á la carne, desgarrando arterias y músculos... El enfermo abre los ojos; ve el miembro podrido, separado del tronco, y llora, porque es algo suyo, que le abandona para siempre; llora, pero después sonríe y da las gracias al cirujano, porque acaba de salvarle la vida. ¡Gracias, Aurora, muchas gracias! (Con dolor y ternura.)

AURORA

No hice lo que [hice pa que tú me dieses las gracias.

Me salió de aquí dentro. (Señalando el corazón.) Ni tan siquiera lo pensé. Bueno ó malo de aquí dentro salió.

MANUEL

Bueno fué. (Suenan á lo lejos diez campanadas. Manuel y Aurora las oyen en silencio, como si por lo bajo fueran contándolas una á una.)

AURORA

¡Las diez!

MANUEL

La hora. (Con alegría dolorosa.) ¡Van á cesar las dudas! Por triste, por horrible que sea la verdad, el espíritu se ensancha cuando va á encontrarse cara á cara con ella. (La luna, que como se dijo antes se ha ocultado al comienzo de esta escena, aparece en el instante en que se abre la puerta del hotel, y se muestra en ella Matilde, que antes de abandonarla permanece un instante inmóvil.)

ESCENA IX

Aurora.—Matilde.—Manuel.

AURORA

(Viendo desde el sitio que ocupan Manuel y ella, que no estará alumbrado por la luz de la luna, la figura de Matilde.) ¡Ella!

MANUEL

¡Ella, sí! (A Aurora.) ¡Silencio! (Cogiéndola de la mano y conduciéndola hasta el kiosco.) Tú, ahí dentro. Necesito estar solo con ella. (Aurora, empujada por Manuel, entra en el kiosco. Matilde desciende por la escalera poco á poco y Manuel se oculta tras el tronco de un árbol. Matilde mira recelosamente á todas partes, y luego se dirige con resolución hacia la puertecilla de la derecha. Manuel la sigue con precaución y lentitud. En el momento en que Matilde va á descender el cerrojo, Manuel, que ha llegado junto á ella, detiene su mano. Matilde se vuelve sorprendida y aterrada. La luna habrá desaparecido en el momento en que Matilde ha llegado al pie de la escalera.)

MATILDE

(Con terror.) ¡Manuel! (Reconociéndole.)

MANUEL

¡Qué puntual has sido, mujer! (Con sarcasmo doloroso.)

ESCENA X

Matilde.—Manuel.

MATILDE

(Tratando de huir.) ¡Manuel!

MANUEL

(Sujetándola fuertemente por la muñeca.) ¡NO te impacientes! No tengas tanta prisa en abrir. Aun no habrá venido. (Descorre el cerrojo, entreabre la puerta y hace acercarse á ella á Matilde.) ¿Ves? Nadie todavía. Está tranquila, ya vendrá. (Abre de par en par la puerta.) Cuando venga, franca tiene la entrada. ¡Que entre! (Conduce á Matilde al primer término centro.) Y mientras llega él, hablemos nosotros.

MATILDE

¡Oh! (Con desesperación.)

MANUEL

¿Cómo has podido ser tan infame conmigo?

MATILDE

¡Manuel! (Aterrada.)

MANUEL

No tiembles. ¿Imaginas que voy á matarte? (Con ironía dolorosa.) No. Se mata á otras mujeres, cuyos extravíos ó cuyos crímenes, pueden redimirse con sangre. Se mata á las que la pasión empuja, y el vértigo de esa misma pasión, enloquece; á las que deshonoran á un hombre por criminal, pero por arrebatado impulso. A ti, llevada al engaño por el egoísmo y por la codicia, matarte sería hacerte mucho honor. Eres tan ruin, que ni siquiera tienes derecho á que te maten.

MATILDE

¡Déjame, Manuel, déjame! (Procurando alejarse.)

MANUEL

(Impidiéndoselo.) ¡Dejarte! ¿No oyes que necesitamos hablar: Hablar yo, tú y él; los tres. Los burladores y el burlado. Pues, ¿qué suponías? ¿Que mi dolor y vuestra vileza iban á pasar en silencio? ¡No, mujer, no! Responde. ¿Por qué has sido tan infame conmigo? Si no me querías ¿por qué no detuviste en mis labios la primera palabra de

amor, y en mi pecho el primer latido de esperanza? Si amabas á otro, ¿por qué fingiste amarme? Si eras de otro, ¿por qué me jurabas ser mía? Si sigues, si pensabas seguir siendo de otro, ¿cómo has tenido valor para hacerme promesa de esposa? Si esto era cierto, ¿cómo ibas á tener la cínica audacia de arrodillarte al pie de un altar y ofrecerme ante Dios, en la casa, en el templo, en el santuario de ese Dios que veneras, vamos, que dices que veneras, un cuerpo impuro y una conciencia vil?

MATILDE

¡Calla, calla!

MANUEL

No; si quiero seguir preguntándote, para que me contestes, para que halles dentro de ti, algo que te disculpe á tus propios ojos; algo que no te haga parecer tan infame, algo que convierta el amor que tuve en lástima, y no en asco, que es lo que ahora me inspiras.

MATILDE

¡Manuel!

MANUEL

¡No lo hallas! ¿Ves como no lo hallas? ¿Ves como ni lástima puedo tenerte?... ¡Y sólo para satisfacer vuestra codicia miserable de unos montones de oro, sólo por eso, íbais á destruir la existencia de un hombre de bien! ¡Parece mentira que en vientres de mujer, haya sitio para engendrar monstruos así!

MATILDE

¡Basta!

MANUEL

Cuando pienso vuestro delito, me entran ganas de aplastarte contra la tierra. (Con ira.)

MATILDE

¡Perdón!

MANUEL

¡Qué hubiera sido de mí sin Aurora!

MATILDE

¡Ella! ¡Conque fué ella; esa criatura del arroyo!... (Con ira.)

MANUEL

No la insultes. ¿No ves que tú no puedes insultar á nadie?

MATILDE

¡Oh! (Con rabia.)

MANUEL

Tú, tendrías que arrodillarte, que numillarte delante de ella, delante de cualquier ser honrado, como te humillas ¡cómo vas á humillarte delante de mí! (Sacudiendo enérgicamente á Matilde y haciéndola caer á sus pies. Aurora, que ha aparecido en la puerta del kiosko pocos momentos antes, se dirige á Manuel y aparta con sus manos aquella con que Manuel sujeta á Matilde en el suelo.)

AURORA

(Suplicando.) ¡No, Manuel, no la maltrates; compadécela! En este momento aparece, en la puertecilla que Manuel dejó abierta, Enrique, que al ver el grupo formado por Manuel y Matilde, se dirige hacia éste con actitud amenazadora.

ENRIQUE

¡Cómo, Matilde! ¡Y él la ultraja! (Matilde, á quien ya habrá soltado Manuel, al oír la voz de Enrique, vuelve la cabeza, se levanta precipitadamente y se dirige hacia éste.)

MATILDE

¡Ampárame, Enrique! (Queda al lado de Enrique.)

ESCENA XI

Aurora.—Matilde.—Manuel y Enrique.

ENRIQUE

¡Ampárote! Sí; no tengas miedo. Contra este hombre, contra todos, te amparo yo. (Se adelanta hacia Manuel con arrogancia y decisión.)

MANUEL

(Con sarcasmo.) Vamos, tienes una condición noble: el valor. No esperaba yo tanto.

MATILDE

(A Enrique, por Aurora.) Esa mujer le ha dicho.

MANUEL

¡Todo!

ENRIQUE

¿Eh?

MANUEL

Más claro. Que estoy al cabo de vuestro inicuo prece-

der; que he venido aquí para sorprenderos; que acabo de llamar á esta mujer, infame, y que ahora te lo llamo á ti. (Con energía.)

ENRIQUE

¡A mí!

MANUEL

Es el dictado que mereces. Por eso te lo doy. (Manuel y Enrique avanzan un poco uno hacia otro. Aurora trata de detener á Manuel. Matilde á Enrique.)

MATILDE

¡Enrique!

AURORA

¡Manuel!

ENRIQUE

Y me darás también una reparación, sosteniendo ante la boca de una pistola ó ante la punta de una espada, el insulto.

MANUEL

¡Yo! ¡Batirme yo contigo! ¡Ja, ja, ja! (Con risa despreciativa y cruel.) ¡Qué necio eres, Enrique!

ENRIQUE

¡Cómo!

MANUEL

¡Batirme yo, el ultrajado, la víctima de vuestras ruindades; ponerme delante de ti, del villano, del criminal, empuñando un arma cualquiera, para que tú, tan diestro en esgrima como en crímenes, selles mis labios con la muerte, y hagas de mi cadáver una losa para cubrir vuestro repugnante secreto!... ¿Eso es lo que pides? ¡No lo tendrás!

ENRIQUE

¿No?

MANUEL

No; se baten los iguales; los que en el combate arriesgan lo mismo. Nosotros no somos iguales. ¡Cómo vamos á serlo! Se baten caballero contra caballero, ¿verdad? Pues yo no puedo batirme contigo. Tú no eres un caballero; ¡eres un canalla!

ENRIQUE

¡Oh! ¡Pues reparación has de darme! No quieres de un

modo, será de otro. (Avanza hacia Manuel en actitud amenazadora.)

MATILDE

(Queriendo detenerle.) No, Enrique no.

ENRIQUE

¡Suelta! (Desasiéndose de ella.)

AURORA

¡No, esto no es posible!

ENRIQUE

No quieres dármela como se usa entre los hombres de nuestra clase, me la tomaré de otro forma (Avanzando.) Cuerpo á cuerpo, arrancando con estas manos la lengua que me insulta.

MANUEL

¡Prueba!

AURORA

No. ¡Socorro! ¡Socorro! (Dirigiéndose hacia la puerta del hotel. Enrique levanta la mano para abofetear á Manuel; éste le sujeta con fuerza el brazo, le coge por el otro y lo empuja hasta dejarlo caer contra el banco que hay inmediato al kiosko.)

MANUEL

(Luchando.) ¡No puedes! ¡No podrás! La Naturaleza me ha hecho más fuerte que á ti, miserable. (Lo deja caer encima del banco. En este momento aparecen en el fondo Remedios, Homobono, Ambrosio y Ramírez. Ramírez, al ver la escena, se dirige precipitadamente hacia Enrique, en el momento que éste se levanta.)

ENRIQUE

(Alzándose del banco en actitud descompuesta á Manuel.) ¡Tu vida!

RAMÍREZ

Enrique, silencio. No provoque usted el escándalo. Venga usted. (Saca por la fuerza Enrique, que se resiste, por la puertecilla del jardín.)

(Matilde se deja caer en una silla y oculta el rostro entre las manos. En este momento llegan, al primer término Remedios, Homobono y Ambrosio.)

HOMOBONO

(Frotándose las manos con satisfacción.) (ap.) ¡Triunfé!

ESCENA ÚLTIMA

Aurora.—Matilde.—Remedios.—Manuel.—Enrique.
Homobono.—Ramírez.—Ambrosio.

REMEDIOS

(Poniéndose al lado de Matilde.) ¡Hija mía! ¿Qué es esto?

AMBROSIO

¿Qué ha ocurrido aquí?

MANUEL

Pregúnteselo usted á Matilde, que oculta el rostro. Pregúnteselo al hombre que acaba de salir, á su cómplice. ¡Que conteste ella! ¿No contesta? ¡Cuánto valor para el crimen! ¡Cuánta cobardía para confesarlo!

AURORA

¡Basta por Dios! ¡calla!

MANUEL

¡Callar cuando están aquí todos los que, en una forma ó en otra, pretendían mi sacrificio y mi envilecimiento! ¡Callar! ¡No! Hablar alto, muy alto, para lanzarles al rostro su torpeza y mi indignación.

AMBROSIO

¡Estás ultrajando á tu familia!

MANUEL

¡Mi familia!... ¡Vosotros mi familia! No, vosotros no podéis ser mi familia; no lo sois.

AMBROSIO

¡Manuel!...

MANUEL

¡Qué importa que llevemos la misma sangre, si no llevamos la misma alma? Entre vosotros he nacido, verdad. ¿Y eso, qué? Se nace donde la suerte quiere, de la familia que la suerte dispone; pero esa cuna y esa familia, son obra del azar. No hay obligación de respetarlos cuando no son acreedores al respeto. No, no podéis ser mi familia; no lo sois, lo repito. ¿Cómo han de serlo los que pretendían matar mi inteligencia con sus burlas; esclavizar mis ideas á sus egoísmos, martirizar mi espíritu con todo

género de humillaciones y manchar mi nombre con la más horrible de las afrentas! Eso queríais vosotros de mí; eso es lo que hubiérais conseguido, si esta mujer, (Aurora) esta criatura, no hubiese llegado á tiempo de salvarme. (A Aurora.) No bajas la cabeza, que la bajen ellos; tú debes levantarla muy alta. Levántala. Míralos cara á cara. ¡Así!... ¿Ves cómo son ellos los que bajan los ojos?

AMBROSIO

¡Ella!

MANUEL

(A Aurora.) ¡Y yo te abandoné por estúpidos convencionalismos sociales! Y yo te dejé sola, sola como antes, y con un desengaño más en el corazón. ¡Yo te abandoné, mujer generosa y leal!

AMBROSIO

¡Manuel!

MANUEL

¡Abandonarte! ¿Por qué causa? ¿Qué culpa tienes tú de que la ignorancia y la miseria, y el abandono y el ejemplo, te cercasen, y te empujaran como á todos los tuyos? La culpa es de los que os abandonan, y os empujan, y os hacen caer. Yo debí tenderte la mano, ayudarte, regenerarte. ¡Y no lo hice, y te dejé cobardemente, despreciando todo lo bueno que hay en ti, para ir en busca de esta gente! Te dejé por ellos. Tú pagas mi abandono salvándome. ¡Perdóname!

AMBROSIO

¡Basta! Sal inmediatamente de aquí.

MANUEL

Sí, saldré. Voy á salir inmediatamente; con ella.

AMBROSIO

¡Con ella!

MANUEL

¡Con ella! Porque con ella puedo dirigirme hacia el porvenir; porque en ella aun hay sentimientos de dignidad, de justicia, de amor; sentimientos acaso pervertidos, descuidados acaso. No importa, yo los despertaré. En ella, aun hay vida, y donde hay vida puede haber salud. En vosotros, no: vosotros no podéis acompañarme; los muertos no andan; y vosotros, sois muertos sin enterrar.

AURORA

Manuel...

MANUEL

Quedaos ahí solos; podríais ahí solos con vuestras pequeñeces y vuestros crímenes. (A Aurora.) Ven tú. (Cogiéndola por la mano y acercándola á él.) En ti hay sangre joven, sentimientos puros, conciencia virgen; en mi hay inteligencia, y hay voluntad. ¡Ven, Aurora! (Atrayéndola hacia sí.) Más cerca, más cerca aún. Siempre juntos. De nosotros puede brotar algo fecundo. Deja á esos. (Se dirige hacia la derecha sosteniendo á Aurora con un brazo, mientras los demás permanecen inmóviles y sin atreverse á mirarlos.) Vamos á hacer humanidad nueva.

Telón.

FIN DE LA OBRA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
no. 1625 MONTERREY, MEXICO